

cierta óptica, aunque esto puede resultar un juicio en extremo sesgado, escribir buenas tragedias resulta más sencillo que escribir buenas comedias. En el mundo del cine ocurre el mismo fenómeno, de tal suerte que son pocos los directores que logran buenas comedias y muchos los que prosperan con la tragedia. Woody Allen podría inscribirse en el grupo minoritario).



En el libro reseñado se advierte también una profusión de referencias literarias. De nuevo, la abundancia linda con el exceso y queda la sensación de que las citas cumplen una función exhibicionista y publicitaria que en poco o en nada contribuye a darle calidad a los relatos. Parece obedecer a un afán, a lo mejor inconsciente, de mostrarse más culto que el lector para así captar su simpatía o, cuando menos, su respeto. Pero el respeto que se puede alcanzar con ello tiene corta envergadura.

Particularmente excesivo en materia de citas resulta *Cae el telón*, que podría con facilidad ser uno de los elementos rescatables de la serie de Echeverri Villa: aborda una existencia burguesa y monótona, marcada por el compás mecánico de una sociedad posindustrial, y la explora desde una óptica teatral muy atrayente. El cuento tiene varios párrafos afortunados y, en algún punto, a pesar de los interminables catálogos de emociones, el lector encuentra sosiego. Infortunadamente la autora incurre en el desliz de referir a Ionesco, Beckett, Camus, Brecht, Wilde, Ibsen, Molière, Sófocles y Esquilo, algunos de ellos incluso dos veces a lo largo del relato. La referencia literaria no está mal

por sí misma, pero es algo de lo que no debe abusarse. Por el resto de las narraciones desfilan Calvino, Stevenson, Cortázar y Ende, para no hablar de las referencias a Borges en "El gato en el alféizar" y en el cuento que da nombre a la colección.

Por último, puede decirse que *Quédate en la ventana* representa un esfuerzo válido dentro del mundo editorial, aunque no haya logrado un resultado sobresaliente. Tal vez el libro de Echeverri Villa no pase a la historia. No obstante, en el contexto cultural de nuestros días, plagado de vampiros adolescentes y de efigies heroicas de Pablo Escobar, de obsesiones colectivas por la comunicación a cualquier costo y de digitalización del libro, cuentos como los de Echeverri Villa contribuyen a preservar algo del pasado.

Samuel Baena Carrillo

## Cuando los colores rescatan la nada

### Los escogidos

PATRICIA NIETO

Sílaba Editores, Colección Letras vivas, Alcaldía de Medellín, Medellín, 2012, 110 págs.

POR SU concisión, intensidad, delicadeza poética y fuerza emotiva para mirar cara a cara al horror este libro de crónicas de Patricia Nieto, profesora asociada de la Universidad de Antioquia, es una lección de periodismo.

De oído que escucha historias, sobre todo en Puerto Berrío, pero también de todo el río Magdalena. Los muertos anónimos que este arrastra. Según uno de los personajes, Francisco Luis Mesa Buriticá, "todos los días veinticinco cuerpos caen al río como a una fosa común" (pág. 37).

"En veinticuatro años como propietario de la Funeraria San Judas, Pacho dice haber puesto sus manos sobre 786 cuerpos de personas sin identidad conocida" (pág. 32). Porque caseríos pequeños y pueblos grandes como Neiva, Natagaima, Espinal, Girardot, Puerto Salgar, La Dorada, Puerto Triunfo, Puerto Boyacá,

Puerto Berrío, desde 1991, por lo menos, han convertido el río en su cementerio, que fluye y esconde, para arrojar allí los cadáveres de gente degollada, descuartizada, fusilada, acuchillada o fueteadada con cables cargados de energía. Son las víctimas de todas las violencias políticas y sociales, provengan del ELN o las FARC, del MAS (Muerte a Secuestradores), auspiciado por Pablo Escobar, de las Convivir o las Autodefensas Unidas de Colombia, del narcotráfico o de los barones legalizados del robo de tierra. Por ello, Mesa Buriticá dice que "ha enterrado a veinticuatro comandantes paramilitares y a cinco jefes de las Convivir".

Solo que esa cultura de la muerte ha forjado ritos y exorcismos para recobrar la paz. Los anónimos obtienen nombres sorprendentes —Nevardo Nevado, Narciso Nanclares, Narana Navarro— y los huérfanos de todo doliente obtienen en su anonimato las visitas piadosas de quienes los recuerdan sin haberlos conocido (madre e hija, por ejemplo), los bautizan, les pintan de colores las lápidas y los escogen como suyos. Si nada tienen, bien pueden tener un muerto propio al cual llevarle de vez en cuando una flor de plástico, en ese pabellón de caridad del cementerio. Donde la gente que ansía un N.N. aguarda paciente para prestarle su apellido, "prometerle favores a cambio de ayuda, y cumplirle cada promesa a tiempo y con precisión" (pág. 46). Seres en tránsito que intercomunican los mundos y ven aliviadas las penas, de parte y parte. Pues los colores de agua-cal con que los honran y distinguen no son, ni mucho menos, blanco, negro





o gris. Son púrpura, turquesa, zafiro, malva, coral, ámbar, esmeralda, salmón o violeta. Y estampas de santos, vírgenes o crucificados y flores o corazones de papel. Un color para abrir bien los ojos. Una furia de expresarse ante el mutismo doloroso del silencio. Un frágil monumento a los muertos del agua, como los llaman.



La otra faz del asunto es la vida de esas ánimas que anidan y protegen o castigan y abandonan si no se les ha cumplido las novenas o no se las cuida con dedicación. Un futbolista, una mujer que incurrió en el vicio puede redimirse o sobrevivir o perder el puesto por obra de esas ánimas, bien sea la de una joven guerrillera muerta o de algún otro desconocido.

Pero lo notable del libro es esa voz popular, supersticiosa, cariñosa y picaresca a la vez, que arma sus propósitos "con los perfumes del nido del pájaro macuá: pedacito de oro, pedacito de plata, lluvia de plata, sándalo, esencia de canela y rezar el conjunto que me enseñó el indio amazónico. Con ello se libera la gente de los malos amores y la vida se endereza" (pág. 57).

Quizá una de las narraciones más atrayentes sea la del animero Hugo Hernán Montoya, con su capa, linterna, botas, guantes, camándula, la campana del asilo y una copia de las llaves del cementerio. La razón es poderosa: "el pueblo no se podía quedar sin animero porque sería como no tener policía" (pág. 58). Debía rezar por ellas, en noviembre sacarlas a dar un paseo, realizar novenas por encargo, para no dejarlas tan solas, y ganarse unos pesos. Pero el ánimo consigue la plata

que necesita una mujer para ser enfermera y tendrá una placa que reza "Gracias, NN, por el favor recibido. Lucy, la devota".

El libro, como la reconstrucción hueso por hueso del esqueleto de Robinson Emilio Castrillón Carrasquilla delante de Hismenia, su madre, es un ejercicio atroz pero necesario de esa memoria de la muerte que en otros casos, y gracias al ADN, dará tranquilidad a sus hijos de que su madre muerta si es su madre muerta, legalmente.

Un fragmento de hueso, una mancha de sangre: he aquí todo lo que subsiste para reanudar la vida, gracias a este delgado libro que quizá no requiere ni de Antígona ni de Juan Rulfo para conmovernos con esa voz siempre punzante, entre el coraje y el llanto. Entre las madres que entierran a sus hijos y los hijos que desentierren a sus madres para por fin darles el mismo nombre que tuvieron. Así podremos decir como una de quienes adoptan una tumba como suya en el cementerio de Puerto Berrío, entre ánimas y mujeres frágiles de luto: "Ayudad a los caídos en los campos de batalla. Ayudad a los sepultados en los mares. Ayudad a los necios que vieron morir a tantos no acordándose de su propia suerte".

Juan Gustavo Cobo Borda

## Mucho más que crónicas del engaño

*Malandrines*

*Crónicas sobre impostores, bribones y granujas avezados en el engaño*

ISABELLA PORTILLA

Planeta, Bogotá, 2011, 199 págs.

DICE QUIZÁ poco de un libro que pueda leerse, literalmente, de un tirón. ¿Pero no dice más si se trata de un libro de crónicas periodísticas? Casi que por definición la crónica periodística debe ser amena, y este libro lo es, como lo demuestra el hecho de que en un par de horas puedan devorarse sus casi doscientas páginas. Y también, casi que por definición, la crónica debe enfocarse en temas de

interés social y darles un tratamiento literario, y este libro, en efecto, hace ostentación de ello. Amenas, de interés para la sociedad y con un valor literario, todas las crónicas de este libro lo llevan a uno a la conclusión de que fue bien otorgado el Premio Guillermo Cano Joven Promesa del Periodismo 2010 que ganó su autora, quizá porque el concurso contó con lo que se podría considerar un jurado de lujo, integrado por algunos de los nombres más reconocidos en el oficio periodístico en Colombia: Héctor Abad Faciolince, Fidel Cano Correa, Marisol Cano Busquets, Jorge Cardona, Camilo Durán y María Elvira Samper. Algo que resalta aún más el que la introducción sea escrita por Maryluz Vallejo, una de las mejores profesoras de periodismo del país, quien dirigió la tesis de la cual surgió esta obra y dice respecto de Isabella Portilla, su autora: "Me sorprendió su avidez literaria, que la llevó a leer todo lo relacionado con la picaresca, y a seguir intrigas y tramas de todos los tiempos y géneros con la fascinación de un detective" (pág. 14).



Pero más allá del premio y de los reconocimientos del libro, hay algo más: es una obra inteligente, porque sus crónicas, más que limitarse a describir y narrar como hacen tantas otras, reflejan la inquietud de su autora por la que es a la vez la pregunta menos explorada en el periodismo y la más esencial: ¿Por qué? Y lo hace de una forma sutil, elegante, por lo que incluso respuestas clásicas al porqué del crimen, como la injusticia social, toman nuevas formas ante el lector. Para demostrarlo, podemos tomar